

tituirse una muger por evitar un mal al prójimo? De ninguna suerte. Renunciemos por tanto aquel miserable arbitrio de ver por nuestro bien espiritual ó temporal, ó por el de nuestro prójimo. Valernos de esos medios reprobados, es desconfiar del poder de Dios. Acordémosnos de lo que espusimos al principio de esta leccion, y nos manifiesta el Altísimo por boca de Job: ¿Por ventura tiene Dios necesidad de vuestra mentira, para que en favor de él hableis con dolo? La causa de la inocencia y de la virtud es la de Dios: su omnipotencia tiene infinitos recursos con que salvar al inocente y virtuoso, sin necesitar de los que son propios del diablo, padre de la mentira. Digamos, pues, en todo caso y circunstancia sí, sí, no, no, como nos lo enseña Jesucristo.

Sin embargo, para quitar escrúpulos, añadimos, que aunque nunca es lícito mentir, sí podemos ocultar la verdad, y aun á veces tendremos obligacion de hacerlo; mas no mintiendo, sino desviando la conversacion con disimulo ó de otro modo. Esta ocultacion tiene límites; y no podemos practicarla en los casos en que somos preguntados, y por lo mismo debemos descubrirla siempre que no estemos obligados á guardar secreto, ó nos hallamos en obligacion de revelarla.



SUPLEMENTO.

DIA CINCO.

Santa Filomena, vírgen y mártir.

LA preciosa historia de Santa Filomena, estaria ignorada si esta benéfica y pura vírgen no se hubiera dignado revelarla para que su noticia moviese la devocion, y la humanidad encontrase en ella el remedio de toda necesidad.

En la lápida de su sepulcro se vió su nombre y la figura de los instrumentos de su martirio: en el centro, sus reliquias con un vaso de sangre luciente con los colores del iris, lo cual movió á uno de los asistentes á solicitar con vivas instancias se las diesen para llevarlas á colocar en su patria, la ciudad de Mugnano en Nápoles. Consiguiólo, y su conduccion fué una continuacion de estendidos milagros; pero faltaba la historia. Esta fué revelada en varias ocasiones en trozos, por la misma Santa. De la última vamos á hablar, hecha á un devoto suyo. Estas fueron sus palabras:

“Mi querido hermano: Mi triunfo fué el día 10 de Agosto: entré en el cielo donde mi Esposo me dió posesion de bienes que no se pueden comprender. Yo fui hija de un soberano que reinaba en uno de los estados de la Grecia. Mi madre era de sangre real, y como no tenia hijos, hicieron á los falsos dioses innumerables sacrificios para lograr su deseo. Vivía en palacio un médico romano llamado Publio, el que lastimado de la ceguedad de mis padres, se sintió animado para hablarles de la fé. Sus palabras, iluminando su entendimiento, movieron su voluntad; se hicieron cristianos, y á poco tiempo vieron cumplidos sus deseos. Nací el 10 de Enero, y me llamaron Lumena, por alusion á la luz de la fé que abrazaron, y despues Filomena, ó hija de la luz. Cuando cumplí trece años, acompañé á mis padres á Roma, para renovar la paz con el ambicioso

Diocleciano, que amenazaba una guerra injusta. Llegados á la capital, nos presentamos en palacio, y luego que el emperador me vió, ya no separó de mí sus ojos; su espíritu distraído no fijaba la atención en las razones de mi padre para hacerle conocer la injusticia de sus pretensiones. Marchad, dijo el emperador, vuestras penas han terminado; yo mismo con todo mi imperio seré vuestro protector; solo exijo una condicion, que es, la mano de vuestra hija. Mis padres admitieron con júbilo la propuesta, y emplearon todos sus esfuerzos cuando regresamos, á fin de que volviese á Roma con el título de emperatriz. Caricias, amenazas, súplicas, todo lo emplearon sin fruto, porque el Esposo divino á quien me consagré de diez años, me dió esfuerzo para resistir: por último, echándose á mis piés, decian: "Ten lástima de nosotros y de tu patria." "Dios y la virginidad, respondí, son mis bienes; mi reino y mi patria el cielo." Al fin fué forzoso obedecer la órden del emperador, y conducirme á su presencia. ¡De qué medios no se valió este para vencer mi constancia! Todo lo empleó; mas todo inútilmente. Al fin, lleno de furor, me hizo cargar de cadenas y meter en un calabozo de su palacio, confiado en que los padecimientos me vencerian á complacer un amor que el espíritu infernal inflamaba con ardor: venia á verme todos los dias; me hacia desatar para que tomase un poco de pan y agua, única comida, y empleaba todos los resortes de la seduccion, y hubiera sido imposible resistir sin la gracia; y yo no cesaba de pedirle á mi Jesus y su dulce Madre.

"Treinta y siete dias pasé en estos combates, cuando en medio de una luz celestial ví á la Reina de los ángeles, con su divino niño. "Querida hija mia, me dijo, dentro de tres dias, que completan cuarenta de tu prision, finará este estado horroroso." Esto me llenó de consuelo, mas cuando añadió: "Serás expuesta á terribles combates y tormentos afrentosos por amor de mi Hijo." Mi corazón se estremeció de pavor, y probé las agonías de la muerte. "Valor, me dijo María, valor; hija mas querida por el nombre que llevas. Te llamas Filomena, como tu Esposo se llama Luz, Estrella, Sol; como yo soy llamada Aurora, Sol y Luna; valor, pues yo te ayudaré; en este instante la naturaleza te hace sentir su humillante debilidad; pero en el combate, la gracia será tu apoyo, y tu ángel, que lo fué mío, Gabriel, que significa fortaleza, te ayudará; yo te recomendaré como la mas querida de mis hijas." Estas palabras, me inspiraron confianza, y bien pronto ví cumplida la predicción

Desesperado Diocleciano de mudar mi voluntad, buscó en los suplicios el recurso. El primero fué de azotes. Pues que se destina, exclamó, á un malhechor condenado á muerte, merece que mi justicia la trate como él fué tratado. En seguida fui atada á una columna en presencia de sus oficiales, y desgarrada con tanta violencia, que mi cuerpo ensangrentado presentaba una inmensa llaga: me encerró de nuevo en la cárcel para que allí muriese. En este estado esperaba de un momento á otro unirme con mi Esposo, cuando ángeles cercados de resplandor aparecieron, y derramando un bálsamo sobre mis llagas, me comunicaron una fortaleza y vigor que me sorprendió.

"Al dia siguiente, informado el emperador, me llamó á su presencia, y quedó pasmado al ver en mí una salud y belleza notables; y se esforzó en persuadirme que el poder de Júpiter me conducia á ser emperatriz de Roma. Añadió cuanto el espíritu infernal le pudo sugerir de seductor; pero el espíritu que me velaba me robusteció y me colmó de tantas gracias, que ni el príncipe, ni sus cortesanos pudieron hallar una respuesta á las pruebas que dí para confirmar la verdad de la fé. Furioso entónces, mandó que atada al cuello una áncora, se me precipitara en el Tiber, para que mi memoria fuese para siempre desconocida. Mas Dios le confundió. En el momento que se cumplia esta órden, dos ángeles volaron en mi socorro; cortóse la cuerda, y la áncora por su peso se sumergió en las aguas donde permanece; y yo fui trasportada á la ribera sin ningun padecimiento. Este prodigio no dejó de producir un admirable efecto, muchos de los testigos se convirtieron á la fé. El tirano endurecido como Faraon, lo atribuyó á la magia, y me hizo arrastrar encadenada por las calles de Roma y herirme con una nube de dardos: mi sangre corrió en abundancia: espirante, moribunda, fui metida de nuevo en la cárcel. El Todopoderoso no me abandonó, me recreó un dulce sueño, y al despertar no hallé señal del pasado tormento. Informado Diocleciano del nuevo prodigio, en el exceso de su furor, mandó que en su presencia fuese, hasta que expirase, el blanco de los dardos mas agudos. ¿Pero qué pueden los designios del hombre sin la voluntad del Altísimo? Los arcos se hicieron impotentes y las flechas quedaron inmóviles. Rabioso el tirano, mandó encender en un horno las puntas de los dardos y exponerme á este nuevo suplicio. Mas estas flechas encendidas, despues de haber volado una parte del espacio, retrocedieron é hirieron á los arqueros. Seis de ellos murieron: muchos se

convirtieron; y el pueblo testigo de este milagro, hizo resonar el aire con gritos clamorosos, admirando la fé de los cristianos. A estas exclamaciones temió el tirano un mal suceso, y se apresuró á mandarme degollar. De este modo, esplendorosa mi alma, se remontó al cielo, donde recibí de mi Divino Esposo, la corona de virginidad, las palmas del martirio, y un lugar sobresaliente entre sus escogidos, el feliz 10 de Agosto á las tres de la tarde."

Tal es la revelacion con que fué favorecido un religioso que se ha esforzado á vencer su humildad (creyéndose indigno de tal favor) en obsequio de la obediencia. No nos maravillemos de este modo sobrenatural que el Altísimo emplea para hacernos ver lo que puede, haciendo fuerte al débil y humillando al poderoso; aprovchemos, sí, el beneficio que de esto nos resulta, acogiéndonos á la proteccion de esta preciosísima Princesa, Esposa favorecida del Señor, Virgen llena de firmeza, Virgen valerosa, invencible, heroica y propicia para toda necesidad.

El cuerpo de esta Santa fué hallado en las catacumbas el año de 1802 á 22 de Mayo, en el año segundo del pontificado del Señor Pio VII. Esta invencion tan reciente, acompañada de muchos milagros obrados por la Santa, hacen hoy su culto muy célebre en Roma y en toda Italia, y entre nosotros se advierte con placer que va erociendo su devocion. Los particulares de que acabamos de hablar, y la revelacion que hemos asentado ántes, la hemos extraido del precioso librito impreso en Valencia el año de 1837, que tiene por título: "Vida y milagros de Santa Filomena."

DIA OCHO.

San Procopio.

Fué San Procopio el primero de los mártires de Palestina, segun se escribe por Ruinarrio en las Actas de los primeros mártires (lo que no quita su lugar á San Estevan, que fué el protomártir de toda la Iglesia, así como Santiago el mayor fué el primer mártir de todos los apóstoles). Nuestro Procopio, en expresion de las mismas Actas, era un varon celestial, el cual desde ántes de la época en que resplandeció por su martirio, de tal modo habia dispuesto su vida, que desde su primera edad cultivaba la castidad y las virtudes que arre-

glan y santifican las costumbres. Su cuerpo lo tenia tan sujeto con la mortificacion, la modestia, el silencio y toda austeridad de vida, que casi podria juzgarse muerto; ya su alma la alimentaba y confortaba tanto con la oracion y toda comunicacion de las palabras divinas, que de esta refaccion parecia que principalmente se alimentaba su cuerpo, pues su comida y su bebida solo eran pan y agua, cada dos, tres y aun siete dias, que tomaba algo de ello, interrumpiendo un poco la casi continua meditacion de las verdades eternas, en que permanecia infatigable dia y noche. Su espíritu era de tanta clemencia, mansedumbre, y tan profunda humildad, que con solo dejarse ver ó hablar una sola palabra, se descubria el suavísimo carácter que la virtud habia impreso en su alma. Aunque era oriundo de Ælia, habitaba en Scythopolis, donde servia á la Iglesia en tres ministerios sagrados: el uno, de lector, el otro, exorcista, y el tercero de intérprete de la lengua siríaca.

Habiendo sido traído preso con otros cristianos de Scythopolis á Cesarea de Palestina, luego que llegó á la ciudad, y aun ántes de que se le metiese á la cárcel, fué presentado al presidente Flaviano, el cual le mandó que al momento sacrificase á los dioses. Mas él con voz clara é imponente respondió: que no habia mas que un solo Dios, Criador y Hacedor de todas las cosas. El juez, herido con su respuesta, no pudo contradecirle; mas preocupado con sus errores, le dijo que á lo ménos sacrificase á los reyes. Entónces el Santo, despreciando su intimacion, respondió: "No es bueno que haya muchos señores: uno es el Señor, uno el Rey." Apénas hubo pronunciado estas palabras, cuando el inicuo juez mandó que se le cortase la cabeza, lo que se ejecutó al instante, acaciendo su gloriosa muerte á 7 de Julio, bajo el imperio de Diocleciano.